

LOS CAMBIOS DE SIGLO
EN LA HISTORIA DE ESPAÑA
(siglo XV - siglo XXI)

Alfredo López Serrano

EL CAMBIO DEL SIGLO XIX AL SIGLO XX.

1895 - 1902: ENTRE EL *DESASTRE* Y LA REGENERACIÓN.

Vana pretensión sería abordar en pocas páginas los múltiples aspectos que configuran el complejo fin del siglo XIX y el no menos rico y variopinto comienzo del XX. Nuevas inquietudes científicas recorren el mundo, un nuevo paradigma subatómico (Planck) y del cosmos (Einstein) sacuden la física, con la irrupción de la mecánica cuántica y la relatividad. El arte, sacudido en el último cuarto de siglo por los impresionistas, busca en el postimpresionismo una acción más individual y menos dogmática de los pintores, escultores y músicos, mientras los arquitectos encuentran en el modernismo salidas estéticas a un amenazante funcionalismo. Los estertores del positivismo y del naturalismo, que reinaron en el terreno filosófico y literario casi hasta 1900, se ven desbordados por nuevas corrientes, más vitalistas y existencialistas, más proclives a la destrucción de la novela omnisciente decimonónica.

En el terreno económico, la **segunda revolución industrial** se pone en marcha a finales de siglo. Enormes capitales afluyen a la industria, bien desde la iniciativa privada, bien con apoyo decidido de los Estados. El aluminio, el petróleo y la industria química comienzan a retar al carbón y al acero como indicadores del grado de desarrollo de un país, comienzan a volar los primeros aeroplanos y automóviles, el taylorismo preside las relaciones laborales, la bicicleta cambia hábitos sociales: las parisinas se ponen pantalón, escandalizando a los amantes acérrimos de las tradiciones. En 1896 se inauguran los juegos olímpicos, inspirados en los antiguos griegos, anticipando la importancia que el deporte ha tenido como actividad de las masas a lo largo de todo el siglo XX.

El desarrollo industrial levanta **nuevos imperios**. Estados Unidos extiende un nuevo modelo imperialista, Japón da muestras de su poderío y desbanca a Rusia en la costa pacífica. En sus discursos en la Cámara de los Lores, Salisbury es el portavoz de este nuevo orden internacional al formular la necesidad de que las potencias decadentes (*dying nations*, en clara alusión a España, Rusia, Portugal, etc.) deben dejar paso a naciones más pujantes (*living nations*), tal vez sin pensar remotamente que el Imperio Británico seguiría, menos de medio siglo más tarde, los pasos españoles.

La fuerza pasa a ser el principal argumento después de 1898 en el plano internacional, si es que antes no lo había sido: de nada sirven los tratados internacionales si no se sostienen con los cañones. Desde Maquiavelo o desde siempre la razón de Estado ha sido el principio fundamental de las relaciones entre países.

España experimenta profundos e importantes cambios. Desde el comienzo de la **tercera guerra de Cuba** en 1895, una nueva mentalidad se iba abriendo paso en la opinión pública junto a las grandilocuentes declaraciones belicistas. Antes del descalabro militar de 1898, los regeneracionistas, pensadores que sintieron la necesidad de transformación del país, tomaron conciencia de la ruina moral de España y fueron los primeros portavoces del necesario cambio de valores. Después sobrevino la paz, la exigencia de responsabilidades, la búsqueda de las razones del **Desastre**.

Salvo para la Marina de Guerra española, todo podía haber sido peor. Una Hacienda desgastada por el conflicto bélico y una situación económica sujeta con alfileres vivieron con alivio el fin de la contienda casi a cualquier precio. Una dinastía aparentemente amenazada logró superar la prueba de su permanencia. Las reglas del juego político de la Restauración, puestas en entredicho en 1898, en definitiva sólo sufrieron retoques de matiz...

Sin embargo, algo más sutil había comenzado a desmoronarse. Más que la indignación patriótica ante la derrota, predominó la apatía, la falta de "pulso" de la sociedad española, cuando no la alegría sin

paliativos de los familiares al regresar los soldados o la despreocupación de los espectáculos taurinos. Periodistas y políticos entendían que todo ello eran "síntomas" de una sociedad "enferma" pero sólo algunos intelectuales supieron percibir que lo que se producía era una verdadera crisis ideológica y una nueva manera de entender España.

El contexto internacional: la redistribución colonial.

Una de las líneas de investigación más fructífera desde hace ya bastante tiempo para entender el *Desastre*, la derrota colonial española, es la asociada al estudio de la política exterior española del momento, caracterizada por una "neutralidad" que todos los historiadores coinciden en valorar como de "**aislamiento suicida**" en medio de los sistemas de alianzas bismarckianos. Los peligros del aislamiento pudieron comprobarse en 1885, el mismo año del congreso de Berlín, cuando Alemania intenta invadir las **Carolinas**. Era algo más que una advertencia. Ningún español sabía donde estaban las Carolinas, pero la prensa inflamó el nacionalismo hispano, se produjeron manifestaciones de orgullo patriótico e indignación. En realidad el conflicto se resolvió por vía diplomática, contando con la mediación del Papa y de los pocos soportes internacionales que le quedaban a España, especialmente Inglaterra, que no veía con buenos ojos el ascenso alemán. En la opinión pública, sin embargo, quedó la sensación de que bastaba con gritar para atemorizar a los barcos enemigos.

De esta forma, **se descuidó la modernización del ejército y la marina** (teniendo en cuenta que las posesiones españolas estaban dispersas por el globo y de la poca presencia civil hispana, sobre todo en el Pacífico) y no se renovó e intensificó el juego de alianzas que las naciones débiles (de nuevo las *dying nations*) necesitaban para mantener sus colonias en caso de conflicto. Tampoco se comprendieron los reajustes que sufrieron otros imperios coloniales ante la *big stick policy*, o la *realpolitik* bismarckiana, en lo que Pabón designó como "los 98 no bélicos", la crisis del Ultimátum en Portugal (1890), Adwa para Italia (1896), Fashoda para Francia (1898) e incluso la derrota diplomática de la Guayana/Venezuela (1896), por la que Inglaterra reconocía el poderío norteamericano. Sin embargo, España no aceptó el nuevo reparto y el golpe de Cavite y Santiago para España fue mucho más duro que un simple aviso redistribuidor.

Junto al aislamiento, según Jover, una característica define la actitud española en política exterior: el **pesimismo**. Un pesimismo que arranca del convencimiento profundo de ser una potencia de segundo orden, al contemplar impotente la redistribución colonial que se está produciendo, a pesar de los aires de prestigio que se permitía España al poder contar con la existencia de sus ricas colonias. Este pesimismo contrasta con el optimismo infantil y cruel que se manifiesta en la prensa estadounidense del momento, según recuerda el embajador e historiador Allendesalazar.

La empresa española en América y en el Pacífico era demasiado costosa, demasiado quijotesca en la opinión de muchos españoles del momento. La alternativa de expansión colonial estaba en África, opinaba por aquellos años Gonzalo de Reparaz, geógrafo nacido en Oporto que consideraba, junto a otros miembros de las sociedades geográficas españolas (entre ellos el mismo Joaquín Costa) que era más prudente seguir el ejemplo portugués en cuestiones coloniales y centrarse en las posibilidades de expansión, no explotadas, del continente africano.

El relevo de los viejos imperios por las nuevas potencias se lleva a cabo por la fuerza de las armas en la mayoría de los casos. Pero España no acepta fácilmente esta **redistribución colonial**, como hemos dicho, a pesar de las dificultades para conservar los territorios de ultramar. Poderosos intereses económicos y políticos obligan a una defensa casi desesperada.

Las razones económicas de la defensa del territorio colonial

Todos los grupos con posibilidades de disputarse el poder en España estaban interesados en el mantenimiento de las colonias. Para confirmarlo sería preciso seguir investigando en las redes personales, en los nombres y apellidos que están detrás de negocios concretos. Pero las colonias no sólo son lucrativas por el comercio que generan, sino porque las islas son la mejor garantía de una **deuda pública** creciente, colocada en las bolsas de París o Londres, lo que a la postre es más importante para la hacienda pública española que los propios beneficios que pudieran obtenerse de las colonias. La cotización de esta deuda dependía de las victorias que se fueran produciendo durante la guerra, de ahí el triunfalismo militar que se

exhibió hasta el último momento. Incluso los empréstitos de guerra fueron convertidos en negocios altamente especulativos. Los derechos de aduanas, controlados en última instancia por el Capitán General de la isla de Cuba o de Filipinas, amenazados siempre por el contrabando y la corrupción, completaban el capítulo de ingresos, pero no eran suficientes para sufragar los gastos en períodos bélicos.

Financieros, políticos y militares estaban empeñados, pues, en el esfuerzo por mantener Cuba y Filipinas. De otro modo no puede explicarse la importancia concedida al mantenimiento de unas colonias que tantos gastos generaban, sobre todo en época de guerra, al erario público, y tantas vidas llegaron a cobrarse. Al mismo tiempo se mantenía y fomentaba el mito imperial en la mente de los españoles, tantas veces criticado por los regeneracionistas.

Tanto insistió la prensa en la **retórica del honor militar**, del orgullo nacional herido, de la ingratitud castigable de los insurrectos de ultramar, que se podría hablar de las causas ideológicas de la guerra, ya que en el mantenimiento de la colonia cubana se empeñó el honor español, en palabras de Cánovas, que declaró en el parisino *Le Journal*:

"Cuba, por l'Espagne, c'est son Alsace-Lorraine. Son honneur y est engagé".

También muy repetida fue aquella expresión de Sagasta: "hasta el último hombre y la última peseta", lo que llegó a ser casi realidad, como se comentó posteriormente en las Cortes, con amarga ironía. En estas sesiones también se dijo "se han perdido los barcos, pero no se ha salvado el honor". Todo nos indica un **conflicto ideológico**, y un cambio, a raíz de la derrota militar, en el terreno de los valores patrióticos, que enmascara un sordo **conflicto de intereses**, entre los de unos pocos oligarcas (comerciantes, navieros, fabricantes, especuladores financieros) que controlan las empresas, sostienen a los políticos y a poderosos medios de prensa, enfrentados a los de la mayoría de los españoles.

El ejército se ponía al servicio de estas **redes de intereses**, y debe entenderse como una red clientelar más, con marcado patronazgo o clientelismo de los *generales políticos* sobre el conjunto del ejército, al que controlan por rango y favores debidos. El ejército decimonónico, lejos ya de los pronunciamientos que caracterizaron las tres primeras cuartas partes del siglo, se mimetizó al final de siglo con los intereses de los grupos financieros más importantes (de uno y otro partido, pues éstos ya no respondían tanto a ideologías como a intereses) y con una ideología al servicio del mantenimiento del imperio.

Las razones políticas y el desarrollo de la guerra.

Conservar el territorio era, desde el principio, uno de los objetivos de la monarquía restaurada, y en particular de la regencia de María Cristina al morir su marido Alfonso XII. Estaba en juego algo más que las colonias: era la existencia misma de la monarquía la que corría peligro. Se temía a **carlistas**, a **republicanos**, pero sobre todo al **ejército**. La sugerente opinión del recientemente fallecido Carlos Serrano es que era imposible concebir la venta de la isla a los norteamericanos y se tuvo que optar por una derrota rápida y eficaz que callase al ejército. Se actuó con sigilo y habilidad, con pleno conocimiento de lo que iba a pasar, según Serrano, para evitar el golpe de Estado militar o la rebelión popular. Las alusiones a secretos de Estado de Romanones o de Sagasta podrían confirmarlo.

La insurrección cubana, que había comenzado en 1868, en realidad había sido ininterrumpida, a pesar de las victorias españolas y de los armisticios. Frente a ella, se había establecido un sistema de exilio que a medio plazo fortalecía y aumentaba los contingentes rebeldes. El propio Martí estuvo exiliado en la Península, donde no dejó de conspirar... Los insurrectos exiliados conseguían contactos y fondos para la insurrección en unos pocos años. Era inevitable que volviesen, porque habían dejado allí sus familias, sus ideales. La deportación del revolucionario a las Marianas, con toda su familia, como propuso el general Polavieja, era una medida poco económica, pero tal vez la única solución.

Para entender el desarrollo de la guerra que condujo al final del imperio español, habría que considerar las diferencias y semejanzas entre Cuba y Filipinas, y, en primer lugar, la población, blanca y negra en Cuba, poco elemento español en Filipinas. Y ello porque es destacable que el conflicto en Filipinas (Marianas, Carolinas y Joló) era más típicamente colonial, es decir, requería menor ejército, ya que los tagalos estaban mal armados. En Cuba, en cambio, la situación se parecía más a una **guerra civil** (España

hubo de mantener 200.000 soldados durante la contienda): población blanca bien pertrechada, apoyos importantes desde el exterior, sobre todo desde Estados Unidos.

Así como inicialmente el general Polavieja y su sucesor Primo de Rivera pudieron controlar la insurrección Filipina, hasta que en 1898 las acciones bélicas norteamericanas obligaron a los españoles a capitular, las campañas de todos los capitanes generales de Cuba a partir de 1895 serán un completo fracaso.

La especial configuración de la isla, que se extiende por más de 1.200 km. de Oeste a Este, y siempre menos de cien de Norte a Sur, permitió a los españoles basar la defensa de la isla frente a las guerrillas en las llamadas "trochas", líneas fortificadas, reforzadas con un ferrocarril o con puestos cada menos de dos kilómetros. No quedaba otra estrategia que la defensiva, teniendo en cuenta la orografía y climatología cubanas, para impedir el paso de las partidas de Oriente, donde al nacionalismo cubano se sumaba el descontento de la raza negra.

Pero, finalmente, fracasaron los tres estilos diferentes que los capitanes generales españoles imprimieron a la contienda: fracasó el estilo conciliador de Martínez Campos, que se encontró con una insurrección muy organizada y con importantes medios militares, apoyada logísticamente por los Estados Unidos, con sustento económico de sus clubs en Tampa, New York y sobre todo Cayo Hueso, bien situados estratégicamente sus generales Gómez, García, Maceo, dirigidos sabiamente por un líder, Martí, que a pesar de morir en 1895 deja la insurrección sólidamente establecida. Grupos de más de 1000 hombres cruzaban habitualmente las trochas en dirección a la Habana. Martínez Campos dimitió al negarse a efectuar fusilamientos en masa. Le sucede Weyler, que impone las reconcentraciones de campesinos y un estilo enérgico que responde al lema "a la guerra con la guerra". Pero ni siquiera la muerte del temido Maceo permite un avance real de la posición de los españoles en la isla, continuando la sangría económica y humana. A Ramón Blanco, el último capitán general, le tocó hacer frente a los acontecimientos decisivos, la explosión del *Maine*, la entrada en la guerra de los Estados Unidos, la precipitada autonomía a la isla, la capitulación.

En sus últimos momentos, la guerra era un callejón sin salida: los españoles controlaban con seguridad las ciudades y los cubanos el campo, sin avances ni retrocesos. Pero el mantenimiento de la guerra suponía una sangría económica insoportable para la metrópoli, que tenía sus recursos al límite.

En todo este tiempo, a pesar de los éxitos parciales, la máquina española de guerra simplemente no funcionó. Y dio muestras de ello desde el principio: el hundimiento del *Reina Regente* cuando transportaba tropas en 1895 fue un desafortunado accidente, pero era un síntoma de la falta de previsión con la que se estaban haciendo las cosas.

Cada vez conocemos más testimonios de militares y diplomáticos que conocían el destino fatal de la situación colonial española, pero el país no fue capaz de impedirlo. Los intentos siempre frustrados de venta de Cuba (desde Prim), los consejos de buenos conocedores del problema cubano de otorgar la independencia a la isla de buen grado, garantizando los intereses económicos, la inevitabilidad del conflicto con los Estados Unidos, prácticamente **todo era conocido** en medios militares y diplomáticos.

Un ejemplo de esto último fue la publicación en 1897 del libro *La guerra hispano-norteamericana*, obra en la que un militar español expone sus esperanzas de victoria frente a los Estados Unidos en un previsible futuro conflicto, basadas en la falta de preparación de los marinos norteamericanos frente a su mejor equipamiento tecnológico. El militar opina que se debe aprovechar el factor sorpresa y la ventaja de conocer los arrecifes, para crear una emboscada a la marina estadounidense (Gómez Vidal). Pero los norteamericanos conocían también la geografía cubana, ya que desde, al menos, 1891, estaban llevando a cabo estudios exhaustivos de su geografía física y humana, estudios que aparecen incluso en revistas militares. "Un país donde no se hace secreto de nada", llega a decir el general Polavieja, aunque no fuera cierto, contrastaba con la imagen de secretismo que daba la política española del momento, lo que era indicio de una oligarquía (en una tupida red prensa-política-poderes económicos) que impedía el acceso de fuerzas democráticas.

No falló, por tanto, sólo el ejército: era toda la sociedad española la que estaba enferma, según expresión de un sector de los regeneracionistas, o subdesarrollada, según el resto. Era necesario, para casi todos, un *cirujano de hierro*, y durante toda la guerra se anduvo a la búsqueda de ese "Hombre con H mayúscula", que fuera capaz de resolver la situación.

Pero la guerra avanzaba. Máximo Gómez decía que los mejores generales de la revolución eran Junio, Julio y Agosto, debido al calor y las enfermedades que diezmaban a las tropas españolas. Santiago Ramón y Cajal, quien afirmó que España había perdido la guerra por ser un país más ignorante que los Estados Unidos, había descrito, años antes, siendo médico en Cuba, las malas condiciones higiénicas y sanitarias que tenía que sufrir el recluta. Aludía también a la mala alimentación (es famosa la anécdota del caldo de gallina hecho con gallina ya cocida) y denuncia la **corrupción** en el seno del ejército, que hace imposible cualquier mejora de la situación. Se acumulan las reclamaciones por impago de la soldada a las familias de los muertos en Cuba. Una buena parte del dinero jamás llegaría a las familias, según se desprende de los testimonios a propósito de soldados fallecidos en el frente.

La prensa también criticó a generales de alta graduación, tanto por ocultar la verdadera situación del ejército colonial como por las enormes sumas con que rentabilizaban sus destinos en Manila o La Habana. La publicación humorística *El Pájaro Verde* lo insinuaba con gracia y sin contemplaciones:

"ACERTIJO.

El general Primo de Rivera, cuando fue nombrado para el cargo de gobernador general de las Islas Filipinas, era capitán general de los ejércitos nacionales. No iba a buscar un ascenso en su carrera militar.

Hace diez y seis años que había desempeñado el mismo destino. No iba a buscar un ascenso en su carrera política.

El general Primo de Rivera era también marqués de Estella. No iba a buscar un título nobiliario.

Era también senador. No iba por la senaduría.

Tenía todas las grandes cruces y bandas, habidas y por haber. No iba por cruces.

¿Qué iba a buscar a Filipinas el general Primo de Rivera?

¡Dinero!... Dinero daríamos nosotros al que nos contestara qué es lo que fue a buscar a tierras tan lejanas y tan ingratas para todos... menos para él".

Este tipo de sátiras, tan frecuentes en la época, eran un síntoma, sobre todo, de la pérdida de confianza de la sociedad española en sus dirigentes y del desgaste de sus valores tradicionales.

El papel de la **prensa norteamericana** en el conflicto ha sido también muy destacado por un buen grupo de historiadores. La prensa sensacionalista es la principal arma de los grupos de presión para obligar al Congreso norteamericano a declarar la guerra a España. El caso de las turistas vejadas en la aduana, el drama de Alfonsina, hija de un héroe rebelde, acosada por un oficial español y rescatada por un grupo de guerrilleros sufragados por la prensa de Hearst, nos hablan de nuevos procedimientos periodísticos, del amarillismo al servicio de un objetivo colonial. Esta prensa *creó* una opinión pública en contra de España, inaugurando la propaganda de masas característica de los conflictos bélicos del siglo XX. La propaganda contribuyó al desarrollo de los clubs de insurrectos, que financiaron la campaña de 1895. También fue decisivo el papel de la "prensa infame" española, que alentó irresponsablemente las esperanzas de vencer en la guerra (se difundió la disparatada frase de Weyler de querer invadir los Estados Unidos con 50.000 hombres y llegar fácilmente a Washington).

A comienzos de 1898 la guerra contra la insurrección estaba bloqueada. También estaban a punto de bloquearse las negociaciones entre los gobiernos español y norteamericano para la venta de Cuba, que no fue aceptada por ningún grupo político español. Todo sucedió muy rápidamente desde la declaración de guerra, derivada de la explosión del *Maine*, pero basada en realidad en el fracaso de los intentos de compra. La derrota naval de Santiago supuso un golpe fulminante a la marina española.

Serrano defiende, pues, que los políticos intentaron acallar al ejército haciéndole sentir culpable de la derrota, que debía ser rápida y eficaz, como el hundimiento de la escuadra del almirante Cervera, al que **conscientemente** se envió a una derrota segura. La cuestión de las responsabilidades, discutida en el parlamento a lo largo de 1898, produjo los momentos de máxima tensión y los más próximos al golpe de estado militar (en el que carlistas y republicanos habían cifrado sus esperanzas).

La España cerrada en sí misma, con su casticismo decadente, una variante de racismo inquisitorial trasnochado, se derrumbará en 1898. Las consecuencias no serán tanto de tipo político, económico o social, como, ante todo, de carácter ideológico. La crisis del 98 supondrá un cambio de la conciencia española, en los valores en los que se había basado un estilo de vida.

Consecuencias del "Desastre".

En cualquier fenómeno en el que fijemos la atención podemos encontrar causas y casi cualquier hecho podemos considerarlo consecuencia de otro anterior. Este modo de entender las relaciones causa-efecto en ciencias sociales es muy poco explicativo, y sólo nos permite recrear, de forma algo difusa, un "ambiente causal" o una situación general posterior al acontecimiento. Pero son tantos los factores que influyen en los hechos históricos que sería muy atrevido mantener la vieja terminología causas-consecuencias sin matizarla. Y esta dificultad es especialmente evidente tras el **presunto Desastre** de 1898.

Que no hubiera demasiados cambios políticos evidentes, ni que se produjera una hecatombe económica, sino más bien lo contrario, parece dar la razón a los que afirman que "en el 98 nada acaeció", y también a los que insisten en que la crisis fue primordial y casi exclusivamente ideológica. Y aquí, en el terreno de la ideología y los valores sí es fácil detectar la inflexión que supuso el 98. Con todo, no fue de forma inmediata: la derrota de Santiago de Cuba fue aceptada por el pueblo con apatía. Acudió en masa a los toros, como cualquier otro día. Las ligeras manifestaciones que provocaron los acontecimientos contrapunteaban con la alegría popular cuando volvían los soldados de una guerra que no era la suya. Si hubo preocupación en los medios burgueses, en las clases medias, de donde surge el afán regenerador; de Cataluña, que se beneficiaba del comercio colonial; de los productores, coordinados e inspirados por Costa; de sectores del ejército y la Iglesia.

Lo cierto es que la repatriación de capitales cubanos, la estabilidad y casi bonanza económica que siguió, hicieron perder crédito a las voces más catastrofistas. El gobierno "regenerador" que surge del *Desastre* se dedicó a pagar las deudas originadas por la guerra, de la mano de Fernández Villaverde. Y lo consiguió, iniciando una sensible recuperación económica. Las esperanzas se renovaron cuando en 1902 Alfonso XIII es declarado mayor de edad y asume los postulados regeneradores.

Con una pirueta, la vieja política se revistió de una **retórica regeneracionista** e hizo posible que nada cambiase. El turnismo que había copiado Cánovas del Castillo del modelo inglés, de aspecto parlamentario y casi democrático, en realidad era la **tapadera de la oligarquía y del caciquismo**, y pudo continuar sin cambios aparentes, aunque en el fondo estaba ya socavado por muchas bombas de relojería: el movimiento obrero o el problema regional, el distanciamiento entre el ejército y la política de partidos, el mal reparto de la riqueza, el analfabetismo, la corrupción administrativa.

Lo que no pudo mantenerse ante la opinión pública fue el trasnochado discurso imperialista y ni las alabanzas a las viejas glorias de la madre patria. Los viejos valores se resintieron: el sentido del honor tradicional se devaluó por exceso de uso, de un uso gratuito y grandilocuente que obligó a los más lúcidos a cambiar los valores castizos por los nuevos aires ideológicos que nos llegaban de Europa, y en que el valor del trabajo cotidiano aparece como preeminente: "Ser patriota al modo parlamentario -decía Maragall- es ver dejar ver cómo se hunde el país al son de retruécanos. Pero para ser patriota de verdad se necesita ser un héroe".

Y es en el terreno ideológico donde se produce un desgajamiento importante en el bloque de poder. El ejército sí mantuvo este discurso imperialista y propenso al triunfalismo y al orgullo nacional, hasta cierto punto, a la vez que fortalecía su alianza con la corona. Si no sucedió nada (en el terreno político) en 1898, se debió en gran parte de la aceptación y el respaldo a la legalidad vigente que el ejército prestó en tan difícil coyuntura. Pero la institución salió resentida, los oficiales se sintieron maltratados la manipulación a la que habían sido sometidos en 1898 y por el resultado del conflicto, que ante la opinión pública les hacía sentir culpables. La desconfianza mutua entre el ejército y los políticos irá en aumento, coincidiendo con la incapacidad de los partidos por dirigir efectivamente la situación y conceder un margen de estabilidad al país. Por su parte, la alianza e identificación entre el ejército y el monarca será cada día más evidente. Una alianza que consagra el **alejamiento** del estamento militar frente a los políticos profesionales y frente a la sociedad que éstos, más mal que bien, representaban. Este distanciamiento tendrá consecuencias desastrosas en la evolución de los acontecimientos en la España de toda la primera mitad del siglo.

Bibliografía.

Allendesalazar, J.M. (1996): *La relación diplomática hispano-norteamericana 1763-1895*. Biblioteca Diplomática Española, M.A.E.. Madrid.

Almuiña, C. (1996): "España dentro del complejo contexto internacional finisecular (1898)" en Diego, E., 1895: *La guerra en Cuba y la España de la Restauración*. Madrid, Ed. Complutense.

Barón Fernández, J. (1993): *La guerra hispano-norteamericana de 1898*. La Coruña, Edicions do Castro.

Cardona, G. (1990): *El problema militar en España*. Madrid, Historia 16.

Cayuela Fernández, J.G. (1993): *Bahía de ultramar. España y Cuba en el siglo XIX. El control de las relaciones coloniales*. Madrid, Siglo XXI.

Costa, J. (1902): *Oligarquía y caciquismo como forma actual de Gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*. 2 vol. Introducción de Alfonso Ortí. Madrid, Revista de Trabajo, 1975.

Fernández Bastarreche, F. (1978): *El ejército español en el siglo XIX*. Madrid, siglo XXI.

Foner, P.S. (1975): *La guerra hispano-cubana-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano (1895-1902)*. Torrejón de Ardoz (Madrid), Akal.

Gómez Vidal, M. (1897): *El conflicto hispano-americano*. Madrid, Imprenta del Cuerpo de Artillería.

Headrick, D.R. (1981): *Ejército y política en España (1866-1898)*. Madrid, Tecnos.

Jover Zamora, J.M. (1979): *1898: Teoría y práctica de la redistribución colonial*. Madrid, Fundación Universitaria Española.

Lleixà, J. (1986): *Cien años de militarismo en España. Funciones estatales confiadas al ejército en la restauración y en el franquismo*. Barcelona, Anagrama.

Navarro García, L. (1992): *La independencia de Cuba*. Madrid, Mapfre.

Pabón, J. (1963): "El 98: acontecimiento internacional". *Días de Ayer*. Barcelona.

Payne, S. G. (1976): *Ejército y sociedad en la España liberal 1808-1936*. Madrid, Akal.

Ramón y Cajal, S. (1955) *Mi infancia y juventud*. 6º edición. Madrid, E. Calpe.

Seco Serrano, C. (1984): *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*. Madrid, I.E.E.

Serrano, C. (1984): *Final del Imperio. España 1895-1898*. Madrid, Siglo XXI.

Tuñón de Lara, M. (1975): *Historia y realidad del poder. El poder y las elites en el primer tercio de la España del siglo XX*. Madrid, Edicusa.

Varela Ortega, J. (1977): *Los amigos políticos: partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*. Madrid, Alianza.